

EL LEGADO DE LAS DIOSAS

KATEŘINA TUČKOVÁ

TRADUCCIÓN DE KEPA UHARTE

Periférica & Errata naturae

PRÓLOGO

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2021
TÍTULO ORIGINAL: *Žitkovské bohyně*

© Kateřina Tučková, 2012
© Host - vydavatelství, s. r. o., 2012
© de la traducción, Kepa Uharte, 2021
© de esta edición: Editorial Periférica y Errata naturae editores, 2021
info@editorialperiferica.com
info@erratanaturae.com

ISBN (Errata naturae): 978-84-17800-71-0

ISBN (Periférica): 978-84-18264-86-3

DEPÓSITO LEGAL: M-4046-2021

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Autumnal Equinox*, 2020,

© Natalia Drepina Photography

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

No consigue ver bien el interior. Se pone de puntillas y pega la nariz al cristal para mirar por encima de la cortina, que cuelga desde la mitad de la ventana. Entre los exuberantes geranios, que otras veces se inclinan hacia fuera, y que hoy, por un motivo incomprensible, están pegados a los cristales, no distingue más que oscuridad. Pero casi siempre es así. Con esos ventanucos, la luz sólo entra en la casa en los días despejados.

Se da la vuelta para observar el sendero que sube a su cabaña. Surmena avanza hacia ella con dificultad, siempre le ha costado caminar, y Jakoubek tampoco ayuda. Pesa, Dora lo sabe, ella misma ya casi no puede con él.

De nuevo se gira hacia la ventana. Le parece distinguir unas piernas. Asoman por detrás del hogar, apenas de rodilla para abajo, pero sí, son unos pies calzados con unas pesadas botas negras.

—¡Unos pies! ¡Papá está en casa! —grita hacia Surmena—. ¡Ha vuelto!

—Espera, déjame ver. —Surmena, con Jakoubek en brazos, por fin la ha alcanzado y la aparta a un lado. Se da sombra con una mano y acerca la cara a la ventana.

—Pues sí, tienes razón. Canalla... —Se endereza, se coloca bien a Jakoubek en el brazo y dice—: Anda, vamos. —Ya dándole la espalda, todavía se oye cómo murmura para sí misma—: Me va a oír, ese borracho...

Resuelta, avanza a lo largo del muro toscamente enyesado, Dora la sigue, pegada a su falda. Sus pies chapotean en los charcos y el lodo. Va dando saltos para seguir los pasos de Surmena, pero ni así alcanza a mantener su ritmo. La cancela chirría al abrirse, y ella pasa. La deja abierta y, a toda prisa, adelanta a Surmena hacia la puerta de la casa; la ancha cartera se balancea en su espalda, en la que ondean dos trenzas desgredadas, ya sólo le queda uno de los lazos. Se detiene ante el umbral y, con los ojos como platos y la boca abierta, se gira hacia la mujer. Junto a la puerta hay un tocón, pero falta el hacha que suele estar clavada en él. Los cuerpos hinchados de la gata y sus crías deben de llevar allí ya varias horas.

—Es Micka —dice, atónita—, es nuestra Micka. Y sus gatitos. ¡No ha tenido tiempo ni de presentárnoslos!

El cuerpo de la gata está inflado como un globo, el orificio sangriento del cuello plagado de moscas. Los gatitos habrían cabido en la palma de una mano. Pequeñitos e hinchados por los gases hasta la redondez, si se hubieran caído, podrían haber rodado cuesta abajo hasta Hrozenkov.

—El muy borracho, sinvergüenza... ¡Lo pagará! —Surmena se ahoga de la rabia, la aparta de la sangrienta es-

cena cogiéndola con rudeza del hombro y la empuja hasta el minúsculo zaguán—. Límpiame las botas, no ensucies —le ordena disgustada, aunque no hace falta. Ella ya está restregando lentamente las suelas contra el felpudo al tiempo que se da la vuelta para ver una vez más lo que ha quedado de Micka.

—Deja de mirarla, ¡o tendrás pesadillas! —la regaña Surmena, y Dora echa a correr.

En la puerta de la sala, se choca con ella. Su último paso dura un infinito fragmento de segundo, durante el que se cuelga entre la cadera de Surmena y el marco de la puerta, y termina con la vista repentinamente clavada en el suelo de tablones de madera. Junto a los pies de su padre está mamá, tumbada, tiene la falda remangada por encima de los muslos, y a su alrededor, por todas partes, se extiende un charco de sangre oscura y seca. Silencio. Los tres en el umbral, quietos como estatuas.

—¡Fuera! —El agudo grito de Surmena, como el filo de un cuchillo, la atraviesa al instante, la sacude, la obliga a dar un salto. Su pequeña cabeza se golpea contra el marco de la puerta y después echa a correr, tropieza consigo misma, es increíble que no se caiga. Detrás de sí, oye el llanto asustado de Jakoubek y el grito de Surmena, que se ha quedado atascado en una única palabra—: ¡Fueraaa! ¡Fuera!

A toda prisa, dejando atrás a Micka y sus gatitos, la valla de madera y la cancela, rodea la cabaña por el camino anegado por la lluvia de verano, y continúa corriendo por el sendero, hacia abajo, cada vez más lejos. Hasta la

casa de Surmena. Allí se detiene, abre y cierra la puerta con delicadeza y, a paso lento, como siempre, va hasta el banco del terraplén. Se sienta y, con la mirada fija en la cima de enfrente, espera. Surmena baja cojeando por el camino que ella acaba de recorrer, doblegada por el peso de Jakoubek, aunque rápido, tan rápido como nunca la había visto ir hasta entonces. La alcanzan el llanto de su hermano y la fuerte respiración de la mujer.

Surmena se deja caer en el banco y, con una mano en la cabeza de Jakoubek y la otra en el hombro de Dora, los consuela.

—No pasa nada, no es nada —repite.

Pero ella no la cree. No puede no ser nada, esto.

El sol ya se ha puesto, la oscuridad se apodera poco a poco de las montañas. Sigue sentada en el banco mientras el llanto de Jakoubek se calma mansamente, aunque de vez en cuando se le escapa un leve y desgarrador sollozo. Al fin, Dora escucha su respiración regular y el leve rumor de su nariz taponada. Surmena parece más tranquila, pero el brazo que rodea sus hombros, ceñidos por los tirantes de la cartera, sigue temblando. Unos tirantes con grandes reflectores rojos, así los pidió. Grandes placas rojas que reflejan la luz cuando alguien las ilumina, como las que tienen los niños de abajo, de Hrozenkov. Mamá y ella fueron juntas a comprarlas a Uherský Brod el verano pasado.

Su cabaña, en la ladera, está ya sumida en la penumbra del atardecer. La noche se extiende desde la cumbre en un torrente lento e imparable, como si alguien la hubiera vertido desde Bojkovice.

—Os quedaréis en mi casa —dice entonces Surmena.

Y cuando la acuesta entre las mantas y las pieles de oveja curtidas, protegida por el calor del hogar y con una infusión de adormidera recorriendo sus entrañas, Dora todavía alcanza a oír:

—No temas nada, juntos saldremos adelante. Serás mi *andzjel*, mi ángel. Y estarás bien. Ya verás.

PARTE I

SURMENA

Durante mucho tiempo creyó que aquello había desencadenado todo su sufrimiento. Pero no fue así de ningún modo, no fue en aquel instante, en la puerta de la cabaña del claro de Kopravzy, mientras miraba los cuerpos de sus padres. Dora no era tan estúpida como para no leer en las caras agitadas de los aldeanos que aquello había empezado mucho antes, hacía tanto tiempo que su corta memoria no alcanzaba a recordarlo ni de lejos. No la engañaban sus rostros afligidos ni palabras como: «¡Qué desgraciado accidente!» o «¿Por qué ha tenido que pasaros a vosotros?». No la engañaban porque también ella era parte de la comunidad, sentía con ella, respiraba con ella. Y, por mucho que intentaran impedirlo, había acabado por filtrarse hasta ella lo que se susurraba a sus espaldas, que todo encajaba, que más o menos así era como tenía que suceder. Así, o quizá un poco distinto, pero con una desgracia similar, al fin y al cabo. Porque también su madre era una *bohyně*, una diosa, y el destino de una diosa nunca es fácil.

Con todo, aquello no se lo esperaba nadie, había sobrepasado todos los límites, porque hacía más de trescientos años que ninguna mujer que conociera el secreto de las diosas moría así, bajo el hacha.

¿Por qué su madre sí?, preguntaba a unos y otros, pero no obtenía respuesta. Nadie quería hablar de ello. Cada vez que sacaba el tema, todos se apartaban asustados, como si hubiera soltado una blasfemia en presencia de unas santas reliquias. También Surmena callaba.

No le quedó más remedio que sepultar aquella desgracia en un profundo rincón de sí misma. Tras varios meses de incertidumbre, tomó la decisión de cerrar de golpe la puerta a aquel suceso, decidida a no volver jamás a sacarlo a la luz. Lo mismo daba cuándo hubiera empezado y cómo hubiera acabado.

Por lo demás, estaba muy ocupada. Tenía que aprender a ser un *andzjel*, así que su pena se desvaneció, lenta y paulatinamente, bajo un torrente de nuevos y excitantes acontecimientos. Ella, ¡un *andzjel*!

Antes sólo había oído hablar de ellos. De los ángeles buenos que llevaban a las diosas lo que éstas necesitaban sin que a ellos les faltara de nada. Pero nunca había conocido a ninguno, aunque varias veces se había demorado a propósito en las cuevas desde las que se podían ver las casas de Surmena, de Irma o de Kateřina Hodulíková.

—¡Preséntame a tu *andzjel*, tía! ¿Quién es el tuyo? —quería saber cada vez que iba con su madre a casa de Surmena. Ella se comportaba como si nunca hubiera oído hablar de los ángeles, y su madre, Irena, se reía.

—Yo también soy una diosa, y... ¿has visto alguno por aquí? —preguntaba. Pero su madre era una diosa distinta, especial. De hecho, no ejercía apenas. Y por eso los ángeles nunca le traían a nadie.

Y de pronto el secreto germinó, sin más, se abrió como una vaina madura y soltó todos los frutos a la vez: no sólo había averiguado quiénes eran los ángeles de las diosas, ella misma se había convertido en una de ellos.

Aquello transformó el sustrato de su mundo. Antes las tardes eran largas e iguales entre sí, horas plenas de aburrimiento en las que la vida se difuminaba en contornos borrosos. Desde el instante en que se convirtió en ángel, ya no volvió a quedarse sentada sin motivo en el banco del soportal de la casa de la montaña. Su tiempo se convirtió en parte del tiempo de mucha gente, entre la que adquirió un papel importante. Y lo cumplía con orgullo y con la conciencia de su responsabilidad ante una tradición misteriosa que venía de un pasado tan remoto que nadie de Žitková, nadie de los Claros, alcanzaba a recordarlo. Únicamente asentían con respeto: «El arte de las diosas es antiquísimo, diosas y ángeles han vivido aquí por los siglos de los siglos».

Toda la vida, desde siempre. Dora lo sabía bien, pero lo que no se había imaginado hasta que ella misma se convirtió en ángel era que las diosas y sus habilidades fueran algo autóctono de estas montañas, que fueran tan excepcionales. Que no vivieran en otros lugares. Cuando era pequeña, pensaba incluso que ser diosa era tan sólo una forma de existencia más: que las mujeres, en resumen, se dividían

en empleadas de correos y dependientas del colmado, ordeñadoras y trabajadoras de la Cooperativa Agrícola... o las que ejercían de diosas. Le parecía una profesión tan natural como cualquier otra. Ni se le había pasado por la cabeza que no fuera así en el resto del mundo.

Sólo al transformarse en ángel reparó en las grandes distancias que llegaba a recorrer la gente para pedir un consejo a las diosas, o para que les curaran, y entendió lo únicas que eran estas mujeres. De ahí que se dedicara a su nueva actividad como *andzjel* con tanto entusiasmo y cumpliera con sumo cuidado todas las instrucciones de Surmena.

«Cuando vaya a llegar el autobús, ponte siempre cerca de la parada, no lames la atención de nadie, límitate a esperar a que alguien se dirija a ti. Si la persona en cuestión quiere saber dónde se encuentra la casa de una diosa, pregúntale si es tan tonta como para creer en eso. Espera a ver qué te responde. Si te parece confundida, tráela. Si se muestra muy segura de sí misma, mejor aléjate, alguien así no trae nada bueno. Y ve con cuidado con las parejas. Recuerda que quien viene aquí a menudo carga en soledad con su sufrimiento, no necesita testigo alguno», repetía a menudo Surmena.

Dora no lo olvidaba nunca. Observaba con atención a los pasajeros que bajaban de los últimos autobuses de Brod y, cuando veía a algún extraño mirando desconcertado a su alrededor sin saber adónde dirigirse, se hacía la encontradiza y esperaba a que le preguntara: «Niña, por favor, ¿no sabrás cuál es la casa de la diosa?».

Eran personas muy diferentes, unas muy normales, otras de aspecto extraño, pero casi siempre solitarias y angustiadas. De vez en cuando aparecía también alguna pareja, sobre las que Surmena le había advertido. Solía tratarse de un hombre y una mujer, ambos jóvenes y sanos, sin apariencia de tener preocupación alguna. Dora jamás habría sospechado que necesitaran la ayuda de una diosa. A una de esas parejas la recuerda aún hoy, se topó con ella nada más empezar a ser un ángel.

La pareja seguía en la parada mucho después de que se hubiera marchado el autobús, exactamente como hacían los forasteros que habían decidido visitar a alguna de las diosas y no conocían el camino. Dora los observó unos instantes: una mujer vestida para ir de excursión, cosa que en un día laborable resultaba bastante rara, y que se enderezaba irritada cada vez que su acompañante le hablaba de soslayo; y un hombre con sombrero y abrigo largo que se comportaba como si no tuviera nada que ver con ella. Desde el principio le parecieron sospechosos y por eso quiso apartarse, pero antes de que pudiera darse la vuelta vio cómo él hizo un gesto con la cabeza y la mujer se acercó a ella.

—Niña, por favor, ¿no sabrás dónde vive una diosa?
—La voz de la mujer semejaba un arrullo.

Dora se quedó quieta, cambiando su peso de un pie a otro, pero después asintió titubeante y señaló hacia la cima del monte Kykula.

—Arriba del todo, en el bosque. Hay que seguir una señal azul hasta la cruz y desde allí veréis una cabaña solitaria, ésa es la casa de la diosa.